

Falté a la cita...

No acudí este año a mi cita con los Reyes Magos. Cita en las calles abiertas; cita iluminada. Fué sin propósito, como también sin propósito permanecí en casa. El estallido de unos cohetes hizo patente mi olvido. Me estremecí, me azaré, como si alguien me acusara de una falta, de una falta que no fuese mía.

Un cohete tras otro estallaba en los aires, y el reguero cosido de ecos era acusador. Falsa acusación. Devotamente, yo había vivido mi vigilia de Epifanía, sin olvidos. Y ninguna mano chica se apretó a la mía, arrastrándome en pos de la imposible materialización de un ensueño, de lo maravilloso, de lo intangible. No; nadie me había pedido esta vez...

De súbito, sentí vergüenza; vergüenza de haber mentido, de haber contribuido otros años a dar visos de realidad a una ficción. Sí; son meras ficciones nuestras acostumbradas cabalgatas en la víspera de la festividad de los Reyes. Ficciones. No pueden de ninguna manera compararse con las representaciones de la Natividad o con los Dramas Sacros, ya que en éstas nadie es llamado a engaño. Nadie en ellas, nos dice que San José sea San José, ni la Virgen la propia Inmaculada.

Pero la Cabalgata de los Reyes Magos, es puro engaño; y todos la fomentamos.

¿Para qué?

¿En nombre de qué?

Pues, para nada y en nombre de nada. Mentira si nos dicen que ello procura una mayor ilusión a los chiquillos; mentira, si nos cuentan que ello fomenta una más viva remembranza y una más intensa devoción. No; ni un engaño de esta índole queda jamás justificado, ni jamás una burda realidad podrá superar la imaginación. ¿Quién, entre los adultos, sabrá trillar caminos, para que un niño se maraville? La preciosa facultad de maravillarse es casi exclusiva de los pequeños. Y no requiere nada más que ser... pues... eso: un niño. Cualquier intervención nuestra será tije-razo, interferencia, sombra o pregunta.

Falté a la cita, y por faltar, se iluminó mi noche con mis recuerdos de niño. Las montu-

ras de los tres Reyes, camellos o caballos, no sé, iban a trote ligero, eran un simple acercarse, un lejano acercarse... Los tres Reyes, solos, sin séquito, se abrían camino entre las nubes, y en el vuelo de sus capas se abrigaba el viento. Capas rojo-crepúsculo o del color de la guinda madura. Alados los Santos Reyes, aladas sus cabalgaduras; sin rostro, sin forma, invisibles. Eran luz y eran voz. Eran manos Manos abiertas, generosas. Eran caricia. Caricias en la mejilla del sueño, en los párpados dormidos. Premio a la bondad, a la obediencia, a la espera a la súplica.

Lo figurativo y lo no figurativo en Pessa, guarda una estrecha relación con el problema del artista como hombre, —figuración—, y el problema del hombre como esencia, —abstracción—. Uno tiene su origen en la forma pura, —línea de figuración—. El otro en la forma emotiva —línea de origen de aquella esencia—.

El hombre como esencia. El artista como hombre. Forma pura y forma emotiva. Con estos cuatro conceptos juega Pessa su carta, teniendo siempre como fondo lo emergente, lo esencial, mejor dicho, de pintor infatigable, lindando en la más noble evolución del avance estético.

Con estos cuatro conceptos, pues podemos enfocar estas notas, para intentar adentrarnos en el mundo pictórico de Pessa.

Hemos hablado del hombre como esencia. He ahí la postura vital y selectiva de unas minorías, que lo son por impulso ineludible y no por un sentir arbitrario. La esencia de una obra, es todo lo que la misma nos sugiere, rigurosamente al margen de su parte física, a la vez que de los resortes técnicos de que el artista se vale para realizarla. Una obra de arte es más que nada un mensaje del sustrato íntimo, mensaje que el creador arranca del subsuelo de sus credos ético y estético. Los mismos se funden en una unidad de creación, al margen de prejuicios y concesiones bastardas. Son, como si dijéramos, el asombroso despertar del «verdadero» hombre, y como consecuencia, de la «verdadera» intencionalidad artística. El hombre crea cuando se da cuenta del verdadero valor de sus fuerzas íntimas, —al margen la pillueta postiza del que copia—. Cuando más convencido esté de ella, más fuerza tendrá para imponerse al público, evitando las lastimosas caídas, de quienes se dejan llevar por el gusto adocenado.

El artista como hombre ya no es un valor absoluto. Es solo un probable valor, el cual entra decididamente en el campo de la fluctuación del ambiente que le rodea. De ahí el peligro que supone el concepto del «artista como hombre».

Este no debe darse cuenta solamente que es artista en un campo plástico determinado, sino que es un hombre que tiene una misión que cumplir, y que con su temperamento emergente debe superar todo horizonte entorpecedor de vivencias. Una

vez superado esto, se funde el concepto del «artista como hombre» con el definitivo del «hombre como esencia». El ritmo de Pessa parece haber hallado este camino. No es una obra definitiva, porque en un temperamento como el suyo no existe lo definitivo, sino que siempre se vislumbra una nueva posibilidad, que ensancha y airea en forma constante su campo estético.

En la obra de Pessa, la forma pura y la forma emotiva— los dos últimos conceptos que quedan por analizar— son constancia limitativa en la primera, y constancia hacia lo ilimitado, en la segunda. Forma pura —línea de figuración— es un dictado disciplinado y absoluto —estático, casi—, pero no es esta disciplina que le va al artista, ya que en ella todo principio se diluye en sí mismo, importándole más la opinión ajena que la suya propia. Forma emotiva ya implica movimiento, dinámica de espíritu, hacia la consecución de lo constante. A Pessa le encontramos en esta línea, especialmente en sus últimas obras.

Siempre en sus dibujos, de una verdad y una caligrafía tan espontánea, que lo mismo da que sean figurativos o abstractos, ya que en este caso lo que importa es la plasmación del hecho espontáneo, la vitalidad como pura creación, casi inconsciente —¡sin paradoja!—.

El artista nos ofrece entre obras macizas y conseguidas, unos «divertimientos» que serían formulados seguramente para encontrar descanso a la pronunciada pendiente de problemas que el mismo se formula en aquellas telas. En sus obras de última hora, predominan los colores fríos, los cuales esencializan y subjetivan al máximo hasta el último trozo de tela.

En esta exposición Pessa nos da una muestra de las múltiples facetas de su estilo, con las cuales podemos hacernos cargo del valor intrínseco que representa en la plástica de las generaciones nuevas. No obstante, nos gustaría que a la diversidad de esta exposición, pudiera seguir otra que contuviera todo el valor y la fuerza de su última etapa, de la cual en la exposición que comentamos hemos podido ver dos o tres muestras. Esto como sugerencia, como deseo, para ver surgir ante nosotros en forma absoluta, la personalidad de Luis Pessa.

L. Bosch C.

ras de los tres Reyes, camellos o caballos, no sé, iban a trote ligero, eran un simple acercarse, un lejano acercarse... Los tres Reyes, solos, sin séquito, se abrían camino entre las nubes, y en el vuelo de sus capas se abrigaba el viento. Capas rojo-crepúsculo o del color de la guinda madura. Alados los Santos Reyes, aladas sus cabalgaduras; sin rostro, sin forma, invisibles. Eran luz y eran voz. Eran manos Manos abiertas, generosas. Eran caricia. Caricias en la mejilla del sueño, en los párpados dormidos. Premio a la bondad, a la obediencia, a la espera a la súplica.

Mi farolillo rojo lo mecía el viento. Mis manos lo levantaban alto, muy alto, para que los Reyes Magos, desde el cielo, pudiesen verlo. Y eran más hermosos mis Reyes del cielo que cualquier rey de la tierra. Y siempre mejores los ojos del alma que los ojos del cuerpo.

Me da pena pensar que alguien pueda creer que los niños, que nuestros niños de hoy, vivan con mayor ilusión que antaño la víspera de la Epifanía; cuando no habían cabalgatas, ni música de metal, cuando únicamente por las calles temblaban las amapolas de luz de unos farolillos.

Pocos adultos saben de las

audacias de la imaginación de un niño. Las olvidaron en falsa ley de hombría. ¡Dejad que persistan los niños en su auténtico mundo de maravilla! ¿Para qué crearles mundos falsos, para qué montarles un escenario de baratijas?

Sea la Cabalgata, en todo caso, una pura representación de la efemérides evocada, como lo son nuestros «Pastorets» o el Belén viviente d'Engordany. Pero no queramos hacer tangible lo que nunca debiera salir de las impalpables fronteras del maravillado y maravilloso mundo de la imaginación.

L. D'ANDRAITX